

El Doctor Membreño

Washington, 16 de abril de 1921.

SEÑOR J. GARCÍA MONGE,

San José de Costa Rica.

Amigo don Joaquín:

AL vez Honduras ha perdido, con la muerte del Dr. Alberto Membreño, a su más conspicuo hombre de ciencias y letras de esta época. Era, en verdad, la suya una figura llena de proceridad. Y como lo traté de cerca y le debo consejos a tiempo, frases animadoras, sonrisas eficaces, he aquí que el buen amigo se me aparece de repente, en la penumbra de esta memoria, cálido de aquella alegría que ya es inolvidable para cuantos gozamos de la simplicidad de su trato.

Era de Tegucigalpa, de aquella ciudad en que si se alborotan los colibríes de oro en la fiesta solar, de pronto ante la atonía de la montaña azul celeste se empujan aguilucho caudales. Su padre era don Manuel, a quien las gentes llamaban «Membreñón», para distinguirlo del hijo que ya lo emulaba. Le enseñó las letras y los números el Maestro Bustillo a quien siempre quiso, y a poco de graduarse de licenciado en la Universidad del santo Padre Reyes, tomó lecciones de don José Esteban Lazo y más tarde fué ingeniero de la Facultad de Ciencias. «Membreñito» sobresalió en múltiples actividades: Alcalde de Tegucigalpa, Juez de Letras, Profesor Universitario, Magistrado de la Suprema, Congresista de los de la República Mayor, Cónsul de Colombia, Jefe de la Delegación al Primer Congreso Pedagógico centroamericano (1893), Ministro en Guatemala (1903), Ministro de Instrucción (1904), Plenipotenciario en Madrid (hasta 1907) obteniendo el Laudo Real que da a Honduras la frontera del Segovia, Ministro de Relaciones (1911), diplomático en Washington y México (hasta 1917), Presidente de la República (1915). Lo demás, es decir medallas y diplomas (y creo que hasta fué Diputado y Académico de la Lengua), se le dió por añadidura.

Pero sobre esas distinciones con que lo halagara su fortuna de hombre público, en la que a buen seguro tomaba parte con cierto desencanto, estaba el estudiante devotísimo, el «schollar» modesto que a los sesenta años parecía un muchacho por el optimismo. Don Alberto tenía mucho de patriarcal, a pesar de su ceño siempre ensombrecido de algo que se creyera nostalgia; y cuando lograba alejarse del bullicio ambiente, pasada la tempestad de las

ovaciones efímeras, se refugiaba en su biblioteca, aquel nido de su buho familiar, en que él gustaba distraer sus ensueños leyendo y releendo como los monjes que se olvidan de la Muerte a fuerza de la continua maceración mental. «Su biblioteca» he dicho, y era la mejor de Honduras, pues él tenía un gusto de abad para escoger sus amigos, quiero decir sus libros. Si no la hubiera dejado a beneficio de la Universidad, de seguro que en su testamento se leería el lapidario elogio: «Que se me entierre con mis libros».

Un buho, pero al que le gustaba el



El finado Doctor ALBERTO MEMBREÑO

alborozo del sol: tal sería la mejor definición de su persona. En su efígie hay que poner líneas fuertes tomadas a la máscara de los indios, pues sangre de ellos tenía a torrentes quien, como él, los estudió con tanto entusiasmo de aborigenista; y tenía del indio el dejo, algo de la pachorra, no poco de la astucia. Desconfiado era, pero sabía ser cordial cuando abría las puertas de su casa. Y si alguna pena lo conturbaba, nunca lo reflejó en el semblante, porque supo siempre ser desdeñoso ante la intemperie del mundo, humilde como el pan que se partía en sus ágapes crepusculares, cortés sin afectación, rebotante siempre de un humor que muchos le envidiaban. Algunas veces, para distraerse cantaba tonadillas del terruño, y cuando conversaba con animación era de aprenderle los

fablares del pueblo que tan de memoria se sabía. Ni en los momentos grises, ni cuando la tormenta amagaba más, nunca se le vió amilanarse. Y aunque anduvo metido muchas veces en aventuras de aquella política centro-americana que casi siempre comienza en sainete para concluir en tragedia bufa, lograba que su buho regresase a tiempo a la torre a disfrutar de calma nocturna, ya encendidas las estrellas, y en el patio de la casona lleno de brisa y gracia el jardín.

De su cultura ecléctica, tan discreta y refinada, nos quedan sus escritos. Preparaba un estudio sobre el Código Civil de Honduras y mucho más debe quedar inédito. Cuando se publique su epistolario se conocerá una de las mejores actividades de su intelecto; porque pocos en Centro América han sabido manejar con un donaire propio y reflejarse tan bien en una carta: era un epistológrafo de nota, una personalidad florecida de campechanería, un literato cabal.

Enunciaré algunas de sus obras y escritos: *Repertorio Alfabético de Jurisprudencia* en que ordenó los precedentes establecidos de 1881 a 1891 por la Corte Suprema de Justicia y el Tribunal Supremo de la Guerra; *Elementos de Práctica Forense en materia civil según la Legislación Hondureña* (1893) en que ordenó la doctrina del procedimiento, armonizando los textos de los Códigos Civil, de Minería y de Comercio; *Discurso* (en la sesión inaugural) *del Primer Congreso Pedagógico* (1894), en que disertó sobre el pasado y el presente de la escuela hispano-americana; *Hondureñismos* (3 ediciones, la última en 1912), con vocabulario de los provincialismos de Honduras y fragmentos de los dialectos vernáculos, desde el Moreno hasta el Chortí, precedidos de unas *Ligeras Observaciones sobre el Habla Castellana en América*; *Ley Agraria del Estado de Honduras* (1898); *Nombres Indígenas de la República de Honduras* (1901); *Alegato presentado a Su Majestad Católica el Rey de España en calidad de Arbitro por los Representantes de la República de Honduras y Réplica al Alegato de Nicaragua* (Madrid, 1905); *Aztequismos de Honduras* (México, 1907); *La Escuela Pública de Honduras en la «Colección Ariel»*, (México, 1910). En *The New York Times*, del 23 de abril de 1915 aparece una sinopsis del plan que presentó, como miembro del Comité de la Unión Pan-Americana, con el Embajador argentino y el Ministro del Uruguay, para asegurar la neutralidad de este Continente durante la Gran Guerra. Conozco también su estudio sobre *La Flora de la América Tropical*, leído en la Sociedad Antonio Alzate de México y publicado en la revista de dicho Instituto y más tarde en la *Revista*